





ELOGIO CABAL  
DE LA DERROTA



Paula San Vicente

ELOGIO CABAL  
DE LA DERROTA



Primera edición: marzo 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Paula San Vicente

ISBN: 978-84-10253-08-7

ISBN digital: 978-84-10253-09-4

Depósito legal: M-7135-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Clara y Nicolás, que siembran y cosechan pensamiento.*



«Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos».

JORGE LUIS BORGES

«Crimen y castigo, el mal infligido y la venganza, son inseparables; siempre, más tarde o más temprano, pero siempre, acaban formando pareja. Lo mismo en las relaciones entre individuos que entre los pueblos. A aquel que empieza una guerra —es decir, a juicio de Heródoto, comete un crimen—, al primero en atacar, finalmente, enseguida al cabo de un tiempo, lo alcanzará la venganza, el castigo. Esta relación, este efecto bumerán, constituye la esencia más profunda del destino, el sentido de la predestinación irreversible».

*Viajes con Heródoto.* RYSZARD KAPUSCINSKI



## A modo de prólogo

En marzo compramos las semillas. Nicolás las enterró suavemente en una maceta mediana con sus manos. Sus manos todavía tenían tres años. Después humedecimos la tierra y nos pusimos a esperar.

Aprender a esperar es complicado. Pero esperamos. Unos días llovió, otros hizo sol, otros, viento. Un día nos asomamos a la maceta y descubrimos que había unos diminutos brotes; una intuición de color verde.

—¡Los girasoles! ¡Los girasoles! ¡Los girasoles!

Continuamos esperando. Las manos de Nicolás cumplieron aquel mayo cuatro años. Los brotes se desperezaron y empezamos a planear su traslado. Un lugar donde el sol pudiese pilotarlos: aquí.

—El domingo los trasplantaremos, ¿qué te parece?

El domingo por la mañana nos agachamos delante del semillero. Había muchas hierbas tiernas, brotes aplicados hacia la luz. Fuimos escogiendo, cuidadosamente, nuestros incipientes girasoles. Nos manchamos los dedos y tocamos las raíces. Apoyamos los frágiles tallos en unas varas firmes y volvimos a esperar.

Era bueno esperar porque, si llovía, Nicolás se consolaba sabiendo que los retoños estarían a gusto. Desaprendía lo absoluto.

Un día de verano, comenzaron a salir las flores. Surgieron, de un tallo acaracolado, unas flores blancas. Blancas. Unas flores blancas.

Nos agachamos delante de ellas con los ojos arrugados y las cejas afiladas.

—Nicolás...

—¿Qué?

—Son blancas.

—...

—Nico.

—¿Qué?

—No son girasoles.

—No, mamá. Se equivocaron...

La conversación fue exactamente así. A mi pequeño Nicolás le fascinaba el color y tamaño de esas flores cómplices incondicionales del Sol, inocentes aspirantes a estrellas.

Recuerdo que habíamos plantado el semillero con gran ilusión en el pequeño jardín. Era pequeño, sí, acogedor, lleno de generosos frutales. Lo rodeaba un murito de piedra que, junto con la elevación en que estaba situado y su reducido tamaño, lo hacía parecerse más todo él a una maceta que a un jardín; por eso lo llamábamos la Maceta. Allí plantamos nuestros voluntariosos girasoles.

Aprendíamos a esperar, aprendíamos a cuidar, aprendíamos que los días de lluvia en que no se podía salir eran malos para Nico y para mí, pero hermosos para la sed de los girasoles. Asumimos la espera y aceptamos la lluvia. Y, aprendiendo y esperando, un buen día, germinaron aquellas diminutas florecillas silvestres. Recuerdo perfectamente la mirada analítica e inquisidora del pequeño. Agachado, con las manos apoyadas en las rodillas abiertas, esperó unos segundos observando la novedad para sentenciar después, ajeno a la responsabilidad que nos correspondía, aquel sencillo y breve: «Se equivocaron».

En su ingenuidad, él no sufría por el esfuerzo inútil, por el tiempo empleado; asumía con cierta tristeza, pero sin frustración, la evidencia de un error que no consideraba suyo, ni nuestro.

Me sorprendió entonces esa capacidad de la inocencia para esquivar el fracaso. El niño no solo no sentía responsabilidad ante él, sino que disculpaba, con ternura, con compasión incluso, el fallo de las propias flores.

Compasión, supongo que esta es una de las emociones elementales para crecer, imprescindibles en la sabiduría. Compadecer es la empatía elevada al extremo, la capacidad de los seres humanos para identificarse con el otro, con el sufrimiento del otro y sentir, además, el impulso de aliviarlo. Los niños no pueden evitarlo. Cuanto más pequeños son, más incontrolablemente padecen. Se asustan ante el dolor o daño ajeno a ellos. Un bebé no puede reprimir el llanto ante una madre que llora o un hermano que grita.

Poco a poco, vamos aprendiendo a manejar nuestras emociones, cosa indispensable para dosificar la intensidad de la vida en general, para hacerla soportable. Pero la compasión no deberíamos perderla nunca, si acaso desarrollarla. Ella es precisamente la que nos permite tener la perspectiva humana sobre los hechos cotidianos, sobre los éxitos y los fracasos, sobre nuestros logros, nuestras pérdidas y sobre las pérdidas que, voluntaria o involuntariamente, podemos causar a los demás. La compasión, esa capacidad para identificar el sufrimiento de las otras y los otros, limita nuestra crueldad, nuestra agresividad, la precipitación en nuestros juicios y, al mismo tiempo, relativiza nuestras victorias cuando ellas implican la derrota del prójimo.

La compasión es el termostato, el limitador de nuestras propias emociones para evitar herir. Es un sentimiento para educar y cultivar con esmero durante nuestras vidas.

Íbamos a enterrar a mi padre y el coche que nos llevaba al cementerio siguiendo su féretro, atravesó la ciudad en que habíamos crecido con él. Lo acompañábamos mi compañero, mi hijo, mi hija, y la amiga y amigo que son también mi familia. Subimos dando un triste rodeo por los jardines de San Carlos para que, inevitablemente, el azar nos hiciese pasar por delante de la que había sido nuestra casa, el hogar en que crecimos, la casa familiar. La emoción empujaba con la densidad y la fuerza de los recuerdos. Los versos de Lorca, nuestro poeta, de mi padre y mío, me zumbaban sin parar en la memoria: «El día se va despacio, la tarde colgada a un hombro, dando una larga torera por el mar y los arroyos». Era esa

sensación, la despedida demorada a través de la ciudad y la pena infinita del desamparo. A mi amiga, hasta entonces entera, se le humedecieron los ojos, y entonces Nicolás, el mismo pequeño que un día se apiadó del error de unos girasoles, ahora un joven sereno de 14 años, atento a su entorno, extendió la mano hasta tocar su rodilla. La calidez de los dedos todavía tiernos arropó las lágrimas, y en aquel momento lo vi hacerse mayor.

Miramos hacia la casa y pensamos en el guiño de despedida que nos hacía el camino: «Una corta brisa, ecuestre, salta los montes de plomo».

## Elogio cabal de la derrota

El propósito es que la vida no sea una lucha. El propósito es que la vida fluya suavemente con sus momentos más dulces o inevitablemente dolorosos, pero que corra sola como corre el agua por el cauce de los ríos. No siempre es posible. Al menos no siempre sabemos cómo hacerlo.

El texto que ahora comienzo parte, en realidad, de una falsedad, de dos conceptos abstractos y de dudable existencia: la victoria y la derrota. Ambas son meras pausas estilísticas en el devenir de nuestras historias, públicas y privadas, sociales e íntimas.

Era yo muy pequeña, hace ya muchos años, mucho antes de las redes sociales e incluso de los pósteres con frases filosóficas y recurrentes; era muy pequeña cuando mi padre, con la voz teatralmente afectada y un elegante movimiento de sus manos, me recitaba el poema de Rudyard Kipling, *If*.

Todos sus versos me sorprendían, todos me parecían encerrar un significado demasiado complicado, y él, lentamente, con una cadencia propia de actor inglés, iba recitando cada sentencia, cada condición indispensable para, un día, llegar a alcanzar el dominio de mí misma. Está claro que Kipling, y también mi padre, pertenecían a una época diferente en que las mujeres apenas éramos una variante dialectal de ser hombre, y por eso el poema termina con ese pretencioso: «... *You'll be a Man, my son*» («... Serás un hombre, hijo mío»), como si llegar a ser mujer no se considerase una meta.

El caso es que, de todos aquellos versos, lo que más me sorprendía una y otra vez era la alusión al triunfo y al fracaso. La

versión que él me recitaba era más o menos esta: «Si tropiezas el triunfo y llega tu derrota, y a los dos impostores los tratas de igual forma».

Y era precisamente esa perspectiva, la victoria y la derrota igualadas en su calidad de impostoras, lo que no podía comprender, lo que realmente me intrigaba.

Ambas dependen de un punto de vista y ninguna permanece, se alternan en el tiempo como los vientos o las mareas, se suceden en el devenir de nuestra vida. A veces, incluso, una no es otra cosa que antesala de la otra.

Entonces, en la infancia, me sorprendía la manera un tanto desabrida y ligera con que Kipling las acusaba de falsas. Y todavía más la mirada convencida de mi padre cuando lo repetía, como si, efectivamente, él ya las hubiese conocido y las hubiese tratado de la misma manera, amable y condescendiente, en más de una ocasión. Me miraba a los ojos desde los suyos con una sonrisa afilada que delataba su conocimiento sobre mi alma desconcertada.

Me sorprendía también el hecho de que la victoria no fuese lo más deseado y venerado, que Kipling no tuviese en consideración el hecho del esfuerzo, de la lucha previa, sino el mero encuentro casual. De igual manera hablaba de la derrota. Ambas eran tratadas, en definitiva, como producto del azar.

## Azar y voluntad

La voluntad es la herramienta que tenemos para afrontar el azar. Es posible que la existencia se rija por fuerzas que, pese a parecernos caóticas, respondan a un orden que se escapa a nuestro entender limitado. Poco importa.

Nos levantamos por la mañana y, si hace sol, nuestro ánimo parece estar más animado para comenzar la jornada. El cuerpo más ligero, el optimismo aflora y parece fácil salir al mundo y desear los buenos días a cualquier mortal que aparezca en nuestro camino. De alguna manera, la circunstancia casual, azarosa, de la luz envolviendo nuestro entorno hace que todo se vuelva más fácil y que nuestra voluntad se vea aliviada de lastre. Si, por el contrario, el día está nublado al despertar, el esfuerzo de salir del sueño, de poner a funcionar cada músculo del cuerpo y hasta de pensar con claridad requiere una mayor dosis de energía por nuestra parte, un mayor esfuerzo, solo posible a partir de una voluntad bien entrenada.

Cada mañana observo a mi perra mientras desayuno. Bajo las escaleras sintiendo el peso de la presión atmosférica, la niebla, el frío, el cielo encapotado. Ella, en la cocina, apenas levanta la mirada. Agradece verme, pero se limita a arrugar las cejas y levantar sus ojos escépticos. No entiende mi afán por salir de la cama y hasta mi insistencia en alimentarme si todavía no hemos consumido el sueño, ni ella ni yo. No salta a mi encuentro; solo me observa con cierta gratitud y cariño, y espera. En el fondo sé que abriga la esperanza de que regrese a la cama. De que no salga a correr. Finalmente, se resigna y acude a mi llamada, cuando termino, y me

acompaña en la carrera, que también se vuelve lenta y dura en los días oscuros.

Si el amanecer es claro, el cielo está azul y la luz se abre camino limpiamente sobre la Tierra, entonces es ella la que habitualmente despierta incluso unos minutos antes. Acude con energía arrolladora y da vueltas a mi alrededor esperando el aviso para salir.

Ella, mi perra, carece de voluntad. Llamo voluntad a la capacidad que tenemos para llevar a cabo nuestros propósitos o deseos, nuestro querer, al margen de las circunstancias; al margen de que llueva o haga sol, al margen de la resistencia que ofrece la inmediatez.

Resulta sencillo asumir que los cambios meteorológicos son inevitables y que lo cotidiano tiene que transcurrir pese a ellos. Salvo en contadas excepciones en las que se nos advierte de un peligro inminente, nadie deja de acudir al trabajo, al médico, al colegio, a sus rutinas variadas solo porque llueva, nieve, truene, haga frío o calor, bochorno o viento... Lo asumimos, aunque suponga un esfuerzo. Pero, cuando las adversidades no son insalvables, a menudo las usamos de argumento para evitar lo que tendríamos que hacer. Agrandamos cualquier contratiempo: malestar, cansancio, problemillas de logística... Es entonces cuando agradecemos tener una voluntad ejercitada capaz de sobreponerse a esa voz complaciente, dispuesta a disculparnos sin mayor explicación. Lo mismo da que la razón sea grave o que la simple pereza nos lo susurre al oído.

Una voluntad con buen tono muscular nos facilita la cotidianidad y nos permite sobreponernos a lo inevitable.

¿Pero qué sucede cuando el escollo con el que tropezamos es susceptible de ser modificado? ¿Qué sucede cuando nuestro deseo, o intención, se cree capaz de modificar la realidad, presente o futura, y se sobrepone a ella? Entonces, luchamos.

Ahora llamo lucha al esfuerzo que hacemos para cambiar nuestro entorno, si este no es el que deseamos.

En este sentido, la lucha es muy vasta, abarca desde la pereza de las mañanas hasta los derechos laborales de cada día; desde recoger

la mesa hasta cuidar el planeta; desde cocinar hasta educar a los hijos; desde mantener nuestra salud hasta velar por los derechos humanos.

Todo requiere una tensión permanente, un estado de alerta en el que apenas podemos bajar la guardia. Vista así, nuestra vida es lucha. Y es justamente en ella, en esa lucha, donde nos vamos a encontrar, más de una vez, a esos dos impostores de Kipling: el triunfo y la derrota.



## Resentimiento

En más de una ocasión, hace ya tiempo, me sentí «en guerra». Quiero decir, simplemente, que, en más de una ocasión, tuve una causa por la que luchar o pelear; algo a lo que enfrentarme. Ahora es irrelevante el detalle de las mismas. Basta decir que en aquellos momentos lo di todo por defender lo que creía, y sigo creyendo, justo. Arriesgué mi estabilidad emocional e incluso social. No siempre ha sido así, pero al menos en dos de estas ocasiones perdí. Fui derrotada. El hecho de que considere preferible obviar los motivos que originaron el conflicto no quiere decir que no fueran importantes, sino que no modifican en absoluto la reflexión sobre su proceso o su desenlace.

Sin necesidad de profundizar mucho en la memoria, puedo recordar, en el transcurso de mi vida, tres ocasiones críticas en las que me encaré con suficiente energía a algún elemento del entorno. De esas tres, dos concluyeron en derrota y una en victoria. Aun así, asumiendo que ese fue el resultado, a día de hoy no podría estar segura de si las derrotas, en realidad, llegaron a convertirse en victorias parciales o personales. Y la victoria, por su parte, siéndolo sin lugar a dudas y con toda claridad, creo ahora, con la lucidez que concede el tiempo, que esconde también su parte de fracaso.

Lo peor de las guerras personales es el desgaste que producen. Se precisa una enorme cantidad de ira y de odio para mantener el esfuerzo. Los dos sentimientos consumen una energía que, por fuerza, ha de ser destilada de otras actividades vitales. De esta manera, el quehacer cotidiano, las pequeñas y grandes cosas que con-

forman el mismo, pasan a un segundo plano; poco importa que sean gratificantes o no, constructivas o no, emocionantes o no. Todo pasa a segundo plano desplazado por esa ira que ahoga la capacidad de pensar y de sentir.

El odio, además, pudre por dentro. Es una quemazón que imposibilita no solo el razonamiento, también el mismo hecho de amar o de querer correctamente. Escora el alma como un barco mal estibado.

Producto de la aleación de odio y de ira, una vez que han ardido y se han consumido, queda el resentimiento. Una especie de resina densa y pegajosa que ensucia todo lo que tocamos y que perdura en el tiempo más allá de los hechos. Se diría que es como una cicatriz en las emociones y, como tal, hace que estas, las emociones, pierdan flexibilidad y matices, que se entumescan y hasta nos incapaciten.

Y, sin embargo, aun sabiéndolo tan nocivo, ¿quién no lo ha sentido alguna vez? Supongo que hasta cierto punto es inevitable. Es el desarrollo normal después de una experiencia dolorosa. Es la cicatriz del trauma. Incluso puede producirse sin necesidad de que nos hayan vencido. Podemos sentir resentimiento, o todavía odio activo, después, mucho después, de haber ganado. Es la inercia emocional que no respeta ámbitos y saquea también nuestras actitudes.

Lo más habitual es que esta emoción, el resentimiento, se desarrolle después de haber sufrido daños o de una derrota. La digestión de la misma es muy difícil y, al metabolizarla, segregamos rencor que, con el paso del tiempo, se convierte en resentimiento. Es un proceso casi biológico. Una respuesta defensiva de nuestro organismo ante un estímulo doloroso.

Pero, así como sabemos que es necesaria la segregación de ciertas enzimas para hacer una digestión, deberíamos preguntarnos si el resentimiento puede sernos útil. Si aporta algún tipo de ventaja en el trámite de nuestras emociones y si no se tratará, muy al contrario, de una regurgitación o incluso una especie de rumiación innecesaria e impropia.

Cuando perdemos en la resolución de un conflicto, hay un tiempo en que nuestra voluntad y nuestros movimientos zozobran. Hay una zona de despojo. Se nos arrebató algo que puede ser material o emocional, o ambas cosas. Perdemos. Hay algo o alguien que en ese momento es superior a nosotros y, además, se adueña, o destroza, de algo que era nuestro. Es normal la inquietud y es normal el sufrimiento. También es normal ese tránsito en el que desconocemos lo que se espera de nosotras o nosotros y en que generamos una reacción. Necesitamos tiempo para ocupar una nueva posición y para corregir el rumbo de nuestra actitud.

La magnitud de la pérdida puede ser muy grande, o no; en cualquier caso, el resentimiento no suele guardar una proporción lógica con ella. Pero siempre es una emoción paralizante y, como tal, devastadora.

Tendemos a concentrar en una persona, o grupo, la responsabilidad de nuestras derrotas. Es más sencillo «culpar» que asumir. Es más sencillo anclarse y dar vueltas y vueltas en torno a la narración de las batallas, hasta encontrar la manera de contarlas adecuada a nuestro orgullo, que atrevernos a cambiar de actitud, sabernos superadas o superados, y continuar limpiamente con nuestras vidas encajando la historia. Pero lo más fácil no siempre es lo más útil ni lo más duradero.

Lo más fácil suele llevarnos a enquistar emociones, encapsularlas y tragarlas enteras para no digerirlas nunca. Lo más fácil nos lleva a quemarnos por dentro y vivir para siempre en ese momento doloroso que pronto será el pasado, y la vida transcurrirá por encima de nosotras sin habernos concedido una tregua. Sin haber sido conscientes de vivir.

Lo cabal, lo realmente acertado ante el resentimiento o el odio, ¿qué será? ¿Cómo evitar que se siga consumiendo incapacitándonos para seguir con entusiasmo cada día?

Por un lado, hay quien nos habla de perdón. Pero no sé si la misma idea de perdón es un poco soberbia. Cuando hablamos de perdón, ¿qué estamos diciendo exactamente? En qué posición nos

situamos o, incluso, para ser más precisas, desde qué altura observamos. El gran perdón, el perdón de todos los perdonados, lo otorgó un hombre clavado en una cruz. Un hombre que se decía hijo de Dios y, desde su humilde grandeza, perdonaba a sus agresores. (En realidad, y en rigor, no era él quien perdonaba, sino quien pedía el perdón a su padre para ellos: «Porque no saben lo que hacen». El perdón solo se da a quien lo solicita, sin requerimiento no se ofrece. En ese caso cabe, tal vez, desestimar el daño).

Hace falta una autoestima muy alta para perdonar. Y, lo que es más, hace falta, me parece, un cierto grado de condescendencia para saber hacerlo. No es fácil y no es una mala actitud, pero no sé si vale para todo el mundo. No sé si el perdón es un ademán, un talante, con el que es necesario haber nacido y tenerlo tan incrustado en las profundidades del pensamiento como podemos tener la culpa.

Por otra parte, la propia idea de perdón conlleva precisamente la idea de culpa y, aunque no se trate de negar su existencia —porque obviamente las culpas y los culpables existen, no son fantasmas—, tampoco es sano convertir la vida en un saldo de culpas y perdonados, de víctimas y culpables. Justamente de esto se trata. De encontrar una manera de afrontar lo que sucede, nos sucede, saliendo de unos raíles tan estrechos.

Tal vez, y solo pienso en voz alta, sea más apropiado, más justo, encajar los hechos tal como han venido. Asumir que alguien ha sido más fuerte, más hábil, más sabio, más oportuno, más afortunado, más inteligente, más listo, más perspicaz, más lo que sea, y nos ha ganado. Tal vez nos ha hecho pedazos la vida que llevábamos, nos ha hecho daño, y hemos perdido ante su fuerza, maña, inteligencia o fortuna. Encajemos, pues, el hecho; hagamos un balance de daños y valoremos qué actitud nos aportará una pérdida menor para continuar la vida.

Podemos cargar con el lastre del resentimiento y no movernos nunca más de nuestra deriva a la espera de un nuevo asalto o una revancha, de una oportunidad. Podemos ensayar un perdón y fra-

casar en el intento, o concederlo y seguir nuestros pasos un poquito impostados hasta llegar a convencernos. Pero también podemos ocupar nuestro lugar en el nuevo reparto de papeles y abandonar el campo de batalla dignamente, sabiendo que no ha sido la única que habrá que pelear y que el futuro continúa reclamando nuestra atención.

Seguro que no es fácil. Es incluso muy difícil. Pero la alternativa a continuar es siempre quedarse a vivir ahí, pararse, paralizarse. Y eso, a la larga, es mucho más complicado, y su coste, mucho mayor.

Por otra parte, cuando digo que podemos asumir nuestro nuevo papel en el reparto, no estoy diciendo que actuemos como perdedoras o perdedores, ni mucho menos como víctimas. Eso también sería permanecer. No se trata de convertirse en derrotadas o derrotados, ni en asumir la esclavitud, aun si tuviésemos que hacerlo. No es eso. Se trata más bien de esforzarse por encontrar el objetivo de nuestro entusiasmo, tal vez nuevo, y la voluntad para continuar alimentando nuestra vida sabiendo que nada es para siempre y que los estados son siempre transformados y, sobre todo, transformables.

Siempre va a llevar un tiempo recomponerse, siempre será inevitable y necesario tambalearse durante un trayecto del camino, pero, si la actitud es continuar, antes o después encontraremos el lugar en que queremos estar.

Puede parecer conformista o resignado ante el destino, pero es que de verdad creo que estar en un lado o en otro, en la victoria o en la derrota, son solamente circunstancias que, como tales, no han de permanecer. Son apenas variables en una ecuación cuya solución es siempre nuestra identidad.

Asumir el nuevo rol no quiere decir dejar de ser quien somos. Aprenderemos a vivir de otra forma sin dejar de ser: la única constante.



## Venganza

Un sentimiento que arraiga en el resentimiento y parasita también nuestras emociones inhabilitándonos para desarrollar la vida es el deseo de venganza.

La venganza es el estado activo del rencor. Es la esperanza que alimentamos, la ilusión que nos permite a veces superar las noches de insomnio. Invertimos energía, tiempo y atención ideando la manera adecuada de llevarla a cabo. De hecho, la mayor parte de las veces esa es su única función, hacer que el tiempo pase de manera fluida, aliviar nuestro dolor y desviarnos de lo que realmente tendría que importarnos: lo por vivir, el porvenir. Preciosa palabra, *porvenir*: unión perfecta e inseparable entre preposición y verbo para poner nombre a lo que todavía no podemos nombrar.

Mientras soñamos, atascados en esa revancha, no conseguimos rehacer la trayectoria que llevábamos, damos vueltas y vueltas en torno a la misma idea sin permitirnos hacer la sana digestión de lo que ha pasado.

Volviendo una y otra vez a ese pensamiento larvado en el resentimiento, el recuerdo reconstruye los hechos deformándolos como sombras y agranda las dimensiones de la derrota. Elabora el discurso de la víctima en que nos hemos convertido y hasta arrasa nuestra propia memoria negando momentos anteriores en que fuimos, si no felices, seguro más dichosos y dichosas. Porque siempre habrá un momento mejor y otro peor si lo comparamos con el presente en que apenas existimos.

La venganza lastima solo con imaginarla. Pero si, además de imaginarla, damos el paso y la consumamos, entonces el daño se extiende y multiplica siendo de todo imposible valorar las consecuencias ni frenar la cadena de dolor.

Por un lado, es muy posible que el conflicto terminado se reanime. Que entre en bucle, que vuelva a empezar con mayor energía y violencia. Una victoria burlada es muy peligrosa. El «enemigo», el rival, se considera entonces con derecho a la saña, al exterminio. Insisto en que no siempre las derrotas suceden en términos bélicos, pero es más sencillo entender las metáforas si nos remitimos a ese ámbito.

Por otro lado, acometer activamente la venganza nos daña en lo más profundo. No todo el mundo vale para hacer daño, incluso si personalmente lo pudiéramos considerar justo, el mero hecho de herir no deja de ser una experiencia traumática. Y, cuando digo herir, hablo tanto física como emocionalmente. ¿Realmente queremos ver sufrir a alguien, incluso si ese alguien nos ha ofendido o lacerado? No lo sabemos hasta que lo tenemos delante y presenciamos su dolor.

Es humano apiadarse del dolor ajeno. Da igual que hayamos pensado que lo merecía porque, al fin y al cabo, ¿qué es merecer? ¿Y quién lo juzga? ¿Lo juzga quien pierde? ¿Lo juzga la víctima?

La venganza no resiste las dudas, no resiste la crítica, no resiste el análisis de la razón, pero tampoco el de la emoción. La venganza solo es producto de la permanencia, de la obsesión, de la porfía, y como tal la justifica. La permanencia, la inmovilidad, niega la vida porque la vida es evolución. Continuidad.

A veces se disfraza de justicia para colarse legalmente en nuestras reflexiones. Pensamos que sería de justicia, de cabal merecimiento, establecer un castigo. Pero lo que hacemos es disfrazar de razón nuestro afán de resarcimiento, de devolver el daño, llegando incluso a magnificarlo para justificarnos.

La justicia tendría que garantizarnos la sublimación de cualquier deseo de revancha. Muchas veces no lo hace, es verdad. Tal

vez porque esperamos precisamente una manera oficial de ajuste, de represalia. No queremos ver apartado al criminal, en el fondo no esperamos verlo reinsertado: esperamos más, esperamos que sufra, que cumpla una condena, que padezca. Que padezca un castigo largo, incómodo y, a poder ser, doloroso; algo que lo aleje y además, si puede ser, que lo dañe.

Imagino un delito horrible. Un crimen imperdonable. Imagino que la justicia dicta una sentencia que me parezca insuficiente; que parezca, pues, redundantemente injusta. ¿De qué me sirve entonces el sistema judicial si no creo en él? Imagino a quien ha delinquido saliendo por la puerta de la cárcel tras un tiempo que considero escaso. El crimen era tal que por un momento siento que sería capaz de «ajusticiar» yo misma. Si continúo los pasos de mis sentimientos, me doy cuenta de que la línea que sigo termina en el linchamiento. Lo justificaría. Y justificarlo nos lleva de nuevo a un círculo infinito y pavoroso de agresiones.

Olvidamos a menudo que quien comete un delito tiene también familia y amistades. Que quien comete un delito tiene una vida común (y en común) paralela a su maldad. La justicia tiene que ser el escalpelo que opera limpiamente, carente de pasiones que extiendan la enfermedad.

De alguna manera, como grupo tenemos confiar en un procedimiento que drene estos sentimientos. Una convención capaz de hacernos pensar que no se repetirá el quebrantamiento, que se procurará la reinsertión y que lo menos importante es la venganza. Para eso se juzga y se condena en consecuencia.

No quería haber llegado a estos detalles que resultan confusos y demasiado extensos para abordarlos en unas líneas. La idea es que la venganza, lejos de satisfacer o resolver, siempre complica y envenena. En los individuos, por el rastro emocional, la auto-destrucción y los daños que se ejercen sembrando más dolor en el entorno. En los pueblos o sociedades, porque levanta murallas que separarán durante siglos, heridas imposibles de cerrar, odios grupales que se alimentan y realimentan de sus propios despojos.

Además, no siempre nuestros deseos de venganza o revancha responden a causas realmente graves. A veces se activan por nimiedades que solo han espoleado nuestro orgullo, nuestro amor propio, nuestra minúscula dignidad.

La venganza desconoce también las leyes de la perspectiva, de la proporción. Es un sentimiento sin conciencia de su fuerza ni sentido de la medida. Actúa desposeída de pudor y contención; por tanto, sin inteligencia ni asomo de empatía. Los daños que genera a menudo perpetúan el original, lo multiplican y, desde luego, nunca resuelve ni alivia.